

SERMON DOGMÁTICO

SOBRE

LA GLORIA ETERNA.

*Nos vero omnes revelata facie gloriam
Domini speculantes, in eandem imaginem
transformamur.*

Así todos nosotros, registrando á cara
descubierta la gloria del Señor, somos
trasformados en la misma imágen.

(II ad Cor., cap. III, vers. 18.)

Como el padre amoroso que largo tiempo ha tenido oprimido su corazón á causa de una indigencia penosa, y anuncia á sus hijos el hallazgo de un tesoro; como el viajero que despues de haber recorrido ásperas montañas avisa á sus compañeros el inesperado descenso á jardines deliciosos; como el navegante perito que, envuelto entre negros torbellinos, descubre la playa hospitalaria para llevar á sus arenas á los que se creían enterados bajo espumantes olas, así, amados míos, vengo yo este día á abriros un venero de riquezas, á mostraros un lugar de delicias, y á convidaros con un faro de salvacion. Léjos ya de vosotros el terror; vengo con el ramo de olivo en la mano, anunciando paz; traigo tambien mil lauros con que ceñir vuestras sienas victoriosas; heraldo de Cristo, os voy á dar de su parte una noticia lisonjera. ¡Templo augusto, cuyos muros se han visto asediados por la familia del Crucificado! ¿por qué no os dilatais? ¡Hombres llenos aún de fé y de esperanza, que habeis

rodeado la Cátedra del Espíritu Santo para oír las más terribles verdades de la Religión! ¿por qué no venís hoy á leer el testamento de vuestro Padre con sus grandiosos legados que os deja? ¡Voz mia, cuyos débiles ecos apenas llegan á los cuatro ángulos de este sagrado recinto! ¿Por qué no tuvieras hoy todos los timbres del templado bronce, para extender esta fausta nueva hasta los ejes del polo, hasta los confines del austro? ¡Ah! ¿Sabeis cuál es la noticia que debo daros como embajador de Cristo? Que hay para el hombre dos vidas; una del tiempo, y otra de la eternidad; aquélla es breve y momentánea, mas sembrada de espinas y llena de peligros; ésta es eterna é impercedera, pero exenta de llantos y dolores, y sembrada de delicias, y es la que os anuncio.

¡Lengua mia! Tú no eres bastante elocuente para hablar los arcanos misterios del Omnipotente; tú no eres digna de contar las grandezas de Dios! Hable por tí el que en raptó mental fué elevado hasta el tercer cielo, y vió allá lo que no es lícito al hombre decir ni comprender! Todos nosotros, registrando á cara descubierta la gloria de Dios, seremos trasformados, de claridad en claridad, en su misma imágen: *Nos vero omnes revelata facie, gloriam Domini speculantes*, etc., etc.

¡Ministerio sagrado de la palabra divina! ¡Hoy sí eres lisonjero para mi corazón! ¡Hoy sí que no temes ni la crítica del indiferente ni la derrision del incrédulo! ¡Hoy sí que mi lengua va á recibir mil bendiciones, y mis palabras han de ser recogidas como el diamante y la perla, para conservarlas como un tesoro! Anuncio la gloria, las riquezas, el saber, la fama, el renombre, la inmortalidad, que es lo que anhelan todos. ¡Hombres filósofos, que pasais los días y las noches en vigiliass y fatigas para descubrir los secretos de la sabiduría! Yo voy á mostraros la piedra filosofal que ha de enriqueceros eternamente; ricos de la tierra á quienes Dios repartiéra bienes tran-

sitorios, llegaos, pues tengo que señalaros la herencia celestial que os reserva el Omnipotente para un mundo más feliz. ¡Hijos de la mala fortuna, que os veis agobiados con los trabajos y perseguidos por la miseria! No lloreis más; esos cortos momentos de pena serán conmutados con un peso inmenso de gloria en los cielos. ¡Descendencia toda de Adán, proscrita y desterrada, escúchame! Hoy mejor que nunca tomo en mis lábios las palabras de Jesús, y os diré con él: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que Yo os consolaré.»

Hé aquí, señores, el importante asunto que va á ocupar hoy vuestra religiosa atención. Después de haberos descubierto paladinamente vuestra elección á la gracia y el abismo de perdición donde podeis sumiros por vuestra propia malicia; después de haberos delineado los tormentos eternos que Dios reserva para el hombre criminal, no he querido dejaros apocados con ideas terroríficas. La gloria eterna es el fin para que habeis sido criados; voy á decir, aunque temblando, qué sea esta gloria, para que el pecador tema perderla y el justo se anime á ganarla. La gloria es una trasformación incomprensible que se efectúa en el hombre, quien, por efecto de la omnimoda participación de las luces de la divinidad, se convierte en imágen completa de ésta. ¿Cómo sucede esto? Viendo el hombre, sin velo alguno, la gloria innata de la Divinidad: *Nos autem omnes revelata facie gloriam Domini speculantes*, etc.

Reina del cielo: Tú que presides á toda esa muchedumbre de almas bienaventuradas á quienes viste con sus fulgores la eterna luz, envía á tus hijos un suave destello que los ilumine y fortalezca en su peregrinación tenebrosa por la tierra. Esta gracia te pedimos, saludándote pura y llena de gracia.

AVE MARÍA.

La sabiduría y la dicha son los dos grandes objetos de todas las ideas y acciones humanas; y es tan íntimo el deseo que tenemos de llegar á conseguirlas para todo nuestro compuesto, que el primer vagido de nuestra infancia y el último suspiro de nuestra vejez son exhalados por todo hombre, llorando al principio la privación de una felicidad que le espera, y gimiendo al fin por no haberla podido conseguir. Hagamos por un momento la disección de nuestro cuerpo y el análisis de nuestra alma, y uno y otro aparecen con una capacidad inmensa que nunca se llena, con una propensión á una perfección que no alcanza en el actual estado de cosas. Ved el cuerpo, bellísima estatua cuyo pedestal es la tierra, cuyo dosel es el cielo; obra maestra de la creación en que se encuentran reunidos todos los elementos, guardando el más exacto equilibrio, el frío con el calor, lo sólido con lo líquido, lo aéreo con lo compacto; sostenida sobre una base insignificante, álzase con altivez natural hácia lo sublime, exhala acentos melodiosos, percibe los efluvios de todos los objetos, recibe las impresiones de todos los cuerpos, los examina con el tacto, con el oído y el olfato; y, lo que más es, no sólo reflejan en su vista los cuerpos diminutos que se mueven entre sus plantas, sino también aquellos orbes inmensurables que con paso veloz giran en los azulados espacios. ¿Quién podrá discernir la capacidad de los órganos humanos para la perfección? Estas mismas imperfecciones de nuestra naturaleza terrestre; esa sensibilidad continua que nos hace víctimas de cuantas impresiones nos transmiten los elementos, ¿no están manifestando la posibilidad de una perfección omnimoda, en que posea el cuerpo unas dotes de que ahora carece? El frío que nos apoca, el calor que nos abate, el hambre que nos debilita, la hartura que nos cansa, los placeres continuos que nos insensibilizan, ¿qué son sino unas afecciones transitorias, que declaran

lo precario de nuestra existencia, la preparación para una renovación total, en que ni los elementos nos turben ni los objetos materiales tengan influencia nociva sobre nosotros? Es el cuerpo mortal, es corruptible; mas la misma pena que siente el alma que habita en él de verlo bajar al sepulcro, es una prueba la más convincente de que ansía y suspira por revestirse, como lo afirma el divino Pablo, de la gloria de la inmortalidad é incorruptibilidad. Y ¿quién lo duda? La pesadez natural del cuerpo, la impenetrabilidad y la corruptibilidad son imperfecciones propias de la vida; mas no impiden que en medio de ellas resida la capacidad á una perfección suma, como es la agilidad, la sutileza y la impasibilidad á que puede ser elevado. Este es el cuerpo.

Analizad el alma; emanación del aliento divino, imagen del Sér increado, eleva sus ideas más allá de los espacios reales, extendiéndose á los imaginarios; se interna en el tenebroso caos del abismo, mora en mil y mil lugares que no ha podido visitar, desentraña las más recónditas materias, se ingiere en las verdades más abstrusas, y hasta llega al santuario mismo donde la Divinidad tiene su Trono. Espejo inmaterial donde se imprimen las sensaciones pasadas, espada espiritual que penetra en el seno de cuanto existe, resorte admirable que logra cuanto quiere. ¡Ah! ¿Habrá existido aún un hombre que haya comprendido en toda su latitud lo que puede su propia alma, revestida de sus tres potencias, de memoria, de intelección y volición? Sin embargo, estos tres atributos del espíritu humano encuentran en todo cuanto se les presenta valedores impenetrables que no puede franquear, al paso que siente en sí mismo un impulso superior que lo lleva á lo sumo de la perfección, aunque no sea la idea más que imaginaria. Esa memoria, de cuya infidelidad se quejan el sábio y el ignorante; ese entendimiento, que, por sublime que sea, no puede com-

prender, no sólo los misterios divinos, sino áun los arcanos físicos, las esencias de las cosas; esa voluntad, que despues de haber vagado con el entendimiento por todos los principios, y visto lo bueno y lo malo, se inclina quizás á lo peor; esa voluntad, repito, que, áun dado caso que fije su amor en lo bello, en lo sublime, en lo celestial, se siente como tirada violentamente hácia lo terreno; esa voluntad, que, al querer dar un vuelo rápido hasta el Sér increado, cae luégo desanimada como el ave-cilla que, despues de haber subido largo trecho, siente el hilo imperceptible con que la ha atado el cazador astuto, obligándola á retroceder, ¿qué indican? ¿qué manifiestan? ¡Ah! Declaran que ese espíritu no ha hecho más que tocar el primer grado de su perfeccion, y suspira por tocar al último; esa memoria tan deleznable, para quien lo pasado es un laberinto donde se pierde, podrá ser como la del ángel, que jamás se olvida de lo que una vez ha visto; ese entendimiento, que se encuentra sin cesar con tupidos velos que no le dejan penetrar en el corazon de todas las cosas, tiene aptitud para ver hasta los mismos atributos de la Esencia divina; esa voluntad, que se ve arrastrada á lo malo y no puede gozar completamente de lo bueno, podrá no sentir el aguijon de la iniquidad, y estrecharse con ósculo santo al objeto de su amor, sin que nada pueda turbarla. ¿No me direis ¡oh sabios! por qué nadie desea la muerte, nadie la estupidez, nadie la pobreza, nadie la ignominia? ¿Por qué todos aspiran á lo sumo de la perfeccion, de las riquezas, del saber y de la gloria?

La consecucion de estos deseos es imposible en el estado actual, y sin embargo los encontramos impresos en todos y en cada uno de los hombres; no es posible que Dios haya criado tantos séres, infundiéndoles aspiraciones irrealizables, deseos imposibles que no han de satisfacer. Si así fuese, yo sería el primero que acusaria á

Dios de injusto. Mas... ¡Dios injusto! ¡Dios destituido de los principios que adornan á los mismos hombres, áun en este estado de imperfeccion! ¡Ah! Librenos el cielo de pensarlo ni remotamente; estos deseos de la humanidad están predicando la existencia del paraíso, donde el cuerpo adquiriera un nuevo modo de existir, y el alma una perfeccion en sumo grado.

Empecemos por el alma; la fé y la razon la estaban anunciando en la tierra que existe un Sér infinito, origen de todas las grandezas creadas; mas ningun objeto se lo explicaba, ninguna lengua podia decirla hasta qué punto llegaban las excelencias de este Sér; los cielos con sus astros anunciaban dia y noche su gloria; un dia comunicaba al otro la palabra elocuente que Dios les inspirára para predicar sus grandezas; no habia dialecto ni aspiracion en que no se le hablára de Dios; pero nadie la decia quién fuese este Dios; era bello, infinito, inmenso, sapientísimo; estaba sentado en trono fulgurante de eterna luz, rodeado de un océano de misterios; esta voz susurraba sin cesar á sus oidos, la murmuraban los céfiros y las aguas, la entonaban las avecillas, la publicaban las nubes en sus detonaciones de fuego, la llevaban los elementos hasta los más remotos confines del globo, y, sin embargo, nadie la daba una descripcion exacta de este Dios tan rico en sabiduría y gloria.

Comò el ferviente enamorado que desea hallar en todas partes al objeto idolatrado y no tiene el consuelo de ver sino sus recientes huellas, así divagaba esta alma por todos los objetos, sin poder ver á cara descubierta al Dios que amaba, y cuyo rastro estaba impreso en todas partes. Esta Sabiduría divina estaba oculta á los ojos de todos los vivientes, y despues de preguntarlo á los cielos, á la tierra, á los elementos y á la naturaleza toda, unánimemente daban todos esta respuesta: «Con nuestros propios oidos hemos oido su fama.» *Auribus nostris audi-*

vimus famam ejus. La razon la decia con infalible certeza que este Dios existia, aunque esté escondido como el sol, que no es posible mirar ni ver en un dia oscurecido por negros nubarrones; la fé la afirmaba que este Dios tan grande, tan glorioso, era para ella un objeto de posesion, cuya sola vista la haria bienaventurada, satisfaciendo todos sus deseos, llenándola de un torrente de inefables placeres, tan sublimes, que la obligasen á bendecir por toda la eternidad la hora en que nació, el momento en que abandonó la habitacion terrestre, y aquellos momentos transitorios en que despreció el mundo, sus grandezas, sus tesoros y sus glorias.

¿Qué será, pues, para el alma el ver claramente descifrados todos los misterios, el conocer todas las verdades, el resolver todos los problemas, el internarse de un solo paso en el inmenso océano de la Sabiduría divina? ¿Qué será el trasformarse todas en la imágen de la Divinidad, no viendo ya sombras ni figuras, sino realidades? ¿Qué éxtasis tan profundo no la absorberá cuando Dios se la descubra en toda su belleza? En el primer instante de esta manifestacion gloriosa, la fé y la razon verán confirmadas todas sus inspiraciones divinas y naturales; Dios, con aquella bondad que le es esencial, dirigirá su dulce voz al alma dichosa, para decirle un eterno parabien. «Yo soy, la dirá, Aquel que veias en enigmas oscuros, el que te hablaba en tu propio corazon, el que me hallaba siempre junto á tí, sin descubrirte claramente mi gloria; tú eras nada comparada conmigo; tú me amabas, y hubieras sacrificado tu existencia ántes que ofenderme. Pues ahora Yo soy enteramente tuyo; mi belleza es infinita, mi saber inmenso, mi gloria incalculable, mi dicha indecible; Yo te doy por gracia cuanto poseo por naturaleza. Contémplame, mírame; soy eterno, y eterno ha de ser tu gozo de verme; soy inmutable, y tambien lo será el don que te hago; soy inmenso, mas

no temas salir jamás de mi seno; soy único, pero ningun otro objeto es capaz de llamar tu atencion, porque Yo contengo en mí todas las bellezas; soy fecundo, pero ningun bien podrás desear que no lo halles en mí. Entra, pues, amada mia, en los más profundos arcanos de mi corazon; toma posesion de todas mis glorias: hé aquí en su mismo origen la Sabiduría que no te engaña, la Providencia que no puede faltarte, y la Omnipotencia á quien nada puede contradecir; Yo soy tu principio, tu fin, tu centro, tu amor, tu Dios.»

Hé aquí, señores, un alma trasformada enteramente en el tipo cuya imágen lleva en sí misma. Ya lo pasado no la turba, lo futuro no la intimida, lo presente no la desconsuela; ve las cosas con la claridad de Dios; lo sabe todo con la ciencia de Dios; ama todo lo amable con el amor de Dios, y su entendimiento y voluntad están refundidos en el entendimiento y voluntad de Dios.

Quisiera encontrar yo en la creacion alguna cosa que se asemeje al entendimiento del alma bienaventurada, y no la hallo; sólo retrocediendo á la primera aurora que vió el hombre, al momento feliz de la inocencia, podré bosquejar algunos lineamentos de estas luces que circuyen al bienaventurado. Mirad por un instante al Padre comun de los hombres en el momento en que toma posesion de la tierra y de sus tesoros. Cuando apenas creado entró Adán en el paraiso terrenal, ¡qué horizonte de luz no se presentó á sus ojos! Penetra en la amenísima mansion, y si baja su vista al suelo, no ve sino una alfombra matizada de pintadas flores, arbustos cargados de frutas deliciosas, mansos animales que pacíficamente pastan en fértiles campiñas, viniendo todos á encontrar á su dueño y rendirle homenaje de sujecion; si levanta sus ojos al cielo, ve la bóveda celeste con sus mil y mil constelaciones, con su ejército innumerable de estrellas, la luna que parece sentada en las colinas del ocaso; el sol que

extiende sus madejas luminosas asomando por Oriente; al mismo tiempo susurran los suaves céfiros, se oye el murmullo de los rios, resuena el aire con dulcísonos cantos, que á porfía modulan grandes comparsas de ave-cillas; y entre tanto ostenta su fecunda virginidad la tierra, miéntras las fuentes, los prados, los rios, los montes, el cielo y la tierra saludan por primera vez al rey de la creacion; él adora al Dios que lo ha criado, cuya existencia, atributos, gloria y grandezas le son conocidas de un modo que no tuvo ejemplar en ninguno de sus descendientes. ¡Ah! ¡Momento feliz para el padre del linaje humano! ¡Qué aurora tan risueña aquella! ¡Qué admiracion no le causaria el contemplar de un solo golpe de vista todas las esencias de las criaturas, sus instintos y propiedades, para imponerles nombres adecuados! ¡Qué extático quedaria cuando viese sin sombras ni figuras todo lo que puede Dios! ¡Qué...! Pero, amados míos, yo me pierdo al querer comparar la ciencia y la felicidad del tiempo con la de la eternidad, la luz que recibiera Adán como en reflejo, con la que baña al alma bienaventurada con toda plenitud.

El conocimiento que pueda tener la criatura en la tierra sobre Dios y sus perfecciones es una opaca luz, comparado con el que adquiere en el cielo con la simple vista del Sér divino. Porque aquí ve á un Dios que lo ha criado, mas allí ve á un Dios que se le entrega en posesion omnímota, siguiéndose á la más extensa iluminacion del entendimiento el más dulce cautiverio de la voluntad. A la primera mirada de un objeto tan hermoso, el bienaventurado queda enamorado, extasiado, inflamado, encadenado, trasportado hasta hacerlo salir de sí mismo. ¡Ah! ¡Suaves ardores, ligeras cadenas, dulces trasportes del amor de un Dios, sin temor de perderlo! Ama el alma, y es su amor ferviente hasta lo infinito, porque lo engendra una hermosura infinita; ama con el amor

más sincero, pues sin poder pensar en sí misma, sólo sabe desear, querer y pensar en el bien que afecciona. Este amor es el único céfiro que respira, el sólo aliento que la da vida. Si me preguntais en qué piensa, os diré que en amar; si de qué habla, de amor; si de qué vive, de amor. El alma que ve á Dios en el cielo no sabe más que una ciencia, y es el amor, ni tiene otro empleo que el amor. «¡Ah, amor, amor! exclama el sublime Agustin. Tú eres el afecto más dulce del corazon humano, y sin tí todo es tristeza y miseria. Mas en la tierra tú no puedes ser sino un deseo nunca satisfecho. Dulce tormento que aflige y consuela porque se ama al Bien sumo, y se ve uno como encadenado, sin poder amar hasta lo infinito, y unirse indisolublemente al bien amado. Por eso, amados míos, los Santos que estaban siempre extasiados en el amor de Dios, no temian bajar al infierno; pues miéntras pudieran gozar de las dulzuras de este amor, las mismas llamas inextinguibles les parecian suaves brisas de la naciente aurora.

Preciso es confesar que para subir á la cumbre del monte santo es necesario que nos descalcemos los piés de todas las trabas terrenas y fijemos nuestra vista en el trono de gloria con temor. De un hombre distinguido por su íntimo trato con Dios nos refiere la historia cosas admirables. Era Moisés. Despues de haber estado junto á la nube esplendorosa en que Dios le aparecia y hablaba, bajó del Horeb á la planicie donde el pueblo le esperaba; él mismo ignoraba los efectos asombrosos que produjera en su persona la vista transitoria de Dios; descende de la cima gloriosa, y no bien se deja ver de su pueblo, cuando todos cubren sus ojos deslumbrados por rayos fulgurantes que rodeaban el rostro del legislador. Ya Moisés no puede hablar al senado de Jacob á cara descubierta, viéndose obligado á cubrirla con tupido velo que aminore las luces que lo circundan. Todo esto suce-